

XVIII 1156 (60)
NUEVA RELACION, Y FA-
MOSO ROMANCE, EN QUE SE REFIEREN
los tragicos sucesos, encantos, valentias, y
venturoso fin de Palmerin de Oliva, Principe
de Macedonia: Compuesto por Don Joseph
Blas Moreno, Maestro de primeras Letras
en Lorca, año 1755.



DE PALMERIN DE OLIVA.

FLorendo, Padre, y Señor,
perdona mi atrevimiento:
Oye nuestro vario amor,
y en raro acaecimiento
restaurar mi Real honor.
Haz por tu vida memoria,
Sacro Rey de Macedonia,
que á la Princesa Griana
mi madre, Deidad humana
deshonraste, infiel victoria.
Yo nací á los nueve meses;
fui embuelto en paños de grana;

No dudo, que ausencia hiziesse;
pues una fría mañana,
me arrojé á estos montes verdes.
De una Oliva, y una Palma
fui arrullado en tierna calma,
y un piadoso Labrador
en traje de Cazador,
alentó mi cuerpo, y alma.
Trasladóme á su alqueria,
donde su esposa Theodora
como á hijo me queria;
yo como á madre, y señora
hu-

humilde le obedecia.
De Oliva, y Palma, deriva
ser yo Palmerin de Oliva,
cuya nobleza pregonar
soy de Cesares Corona,
y del valor inventiva.
Aqui estava Polinarda,
que del Asia es heredera,
Princesa, hermosa, y gallarda;
porque su madrastra era
celosa, y esta es bastarda.
No tratava como à hermana
à esta pulida ferrana,
que ser mi esposa queria,
aunque mi origen sabia
por las mantillas de grana.
Tanto en amor se abrasava,
que mi vida, y nacimiento
incierto, me declarava,
con cuyo conocimiento
el ser mi hermana negava.
Di al Cielo infinitas gracias,
y aceptando sus instancias
nos dimos mano, y palabra
de esposos, la que nos labra
gusto, en passadas desgracias.
Oy llegas, padre, y señor,
à Constantinopla, y pides
su hija al Emperador
por esposa, con que impides
el efecto de mi amor.
Dado el sí de Polinarda,
nada el Sacro Cesar tarda,
y despacha en un momento,
un lucido Regimiento,
que aquesta alqueria guarda.
A Polinarda llevaron,
causandome cruel pena,
y à su padre la entregaron,
dexandola de mi agna,
con que mis dicha cesaron.

Embiaste un Coronel,
à darle guerra cruel
à la Magia Luzelinda,
que con el Infierno alinda,
Dragon fiero, sierpe infiel.
Viendome desesperado,
notè mi gran pundonor;
diòme plaza de Soldado,
fiando de mi valor,
ir al castillo encantado.
Por deshazer el encanto
fui al castillo, y entretanto
salieron del tres Gigantes,
que con sus lanzas corrautes
ponen al Infierno espanto;
y decian: Aqui mora
un Dragon de Calidonia,
que es nuestra Reyna, y señora,
simil de la Babilonia,
y à todo viviente acora?
Pero esgrimiendo mi espada,
su magnitud elevada
sirvió de trono à mis plantas,
y entre Dragones, y estatuas
saliò la sierpe encantada:
Cuya grandor, y fiereza,
verdes escamas, y conchas,
silvos, bramidos, destreza,
clines, ojos, ò antorchas
me causan miedo, y tristeza.
Del combate las centellas
compiten con las estrellas;
tirè mi espada visfosa,
y entre mis brazos ponzoña
bomita entre sus querellas.
Abrazado à su garganta
dexè el cuerpo sin cabeza,
de el saliò una hermosa Infanta,
cuya singular belleza
me ahoga, prende, y encanta.
Entre floresas hermosas,

Y

y armerias poderosas
me tuvo mas de tres años,
y entre delicias, ò engaños
vi, y gozè de varias cosas.
Mas mi afecto siempre guarda
(aun en tan dichoso encanto)
amores de Polinarda,
y Luzelinda su espanto
para este lance resguarda.
Mirase ya despreciada,
vuelvese sierpe malvada,
diziendo: Si no me amas,
te ahogará en sus escamas
mi garganta embenada.
Putele al cuello una daga,
y dixè: perra, traydora,
haz que de tu encanto salga,
fino deseas que aora
menudos trezos te haga.
Por mi valor, y crueldad,
me otorgò la libertad,
y me passè à Macedonia
donde premiò esta victoria
tu paternal Magestad.
Pues viendo mi gentileza,
grandes hazañas, y porte,
è invencible fortaleza,
me hiziste Grande en tu Corte,
y Embaxador de tu Alteza.
Con tu poder viento en popa
naveguè à Constantinopla,
do el sacro Cesar aguarda
con su hija Polinarda,
quien dixo esta quinta, ò copla.
Mi querido Palmerin,
yà te han traído los hados,
abrasado serafin
donde feremos casados,
logrando dichoso fin.
Desposados en efecto
con júbilo muy perfecto,

235
nos hizimos à la mar,
no cesando de remar
con un viento muy selecto.
Mas dexando de guiar
la nave à tu Real puerto,
marchamos à otro lugar
para lograr nuestro intento,
aunque fuese à tu pesar.
Y Luzelinda embidiosa,
cortò los ayres rabiosa,
sabiendo nuestra traycion,
y anegò la embarcacion
con su magica famosa.
Yo fui nadando à gran prisa,
y mi suerte yà trocada
me llevò ante Selenisa,
que era otra magia encantada
tan bella, que al Sol eclipsa.
Esta tenia una torre,
que à los amantes socorre;
pues mirando sus espejos,
ven sus celos à lo lejos,
y el peligro que les corre.
Yo los mirava con gusto,
y en ellos vi à Polinarda
en las aguas (ay que susto!)
pero el Cielo me la guarda
benigno, propicio, y justo.
Corrió Zéfiro suave,
y restaurada la nave,
à Macedonia se parte,
donde le esperas constante,
porque tu anhelo se acabe.
Prendenme treinta salvages,
que à Selenisa guardavan,
retavanme con ultrajes,
con grandes mazas me davan,
y con muy finos alfanges.
Yo me defendi valiente,
y logré tan feliz suerte,
que en los fines le mi azero
fue

fue su tiempo postrimero,
y acabaron de repente.
Pero la encantada esclama,
viendose sin sus fantasmas,
y à todo el Infierno llama,
ò Cautivo, no te pasmas?
dize, y entre furias brama.
En conflicto tan horrible
se me apareció visible
Luzelinda mi encantada,
y una flor conficionada
me dió, haziendome invisible.
Pase la mar en un buelo,
y à tu jardin fui à parar,
donde hallè apacible suelo,
y fuerte para esperar
à Polinarda, mi cielo.
Salí de la embarcacion,
y aunque con gran suspension
llegó à tu Real presencia,
siempre haziendo resistencia
à tu amor, y à tu aficion.
Y anegada en tierno llanto
se lamentava, diziendo:
Consoladme, Cielo Santo,
porque no muera sintiendo
de mi bien, muerte, ò encanto.
Quien te viera en mi presencia
Palmerin, y la violencia
vengaras del Rey Florendo,
que solo à tu amor pretendo
rendirme sin resistencia.
Viendo que tu amor desprecia,
le amenazas justiciero,
y sin hazer desistencia,
dixo: convenia primero
saber mi muerte ò ausencia.
Arrojè la flor, saliendo,
tu rigor reprehendiendo,
y puestos de cota, y malla
te acometi en la batalla,

à mi esposa defendiendo.
Diziendo: oy tu injusticia
pagaras con cruel muerte,
que no ha de reynar malicia
en los Reyes de tal suerte,
contra la recta justicia.
Dime, que ley, ò derecho
reside en tu Real pecho,
para privar de su gusto,
la que su amor sin disgusto
unió al mio en lazo estrecho.
En este lance fatal,
viene surcando los mares
aquella sierpe infernal
Luzelinda, y en los ayres
dize, con voz inicial:
Tente, Rey de Macedonia,
que vengo, porque en memoria
tengo à Palmerin tu hijo,
y segun obras colijo,
ignoras toda su historia.
Dixola en breves razones,
y al oirlas, se nos parten
de gozo, los corazones,
y en nuestras almas combaten
jubilosas reflexiones.
En conclusion, soy casado,
y mis penas han cessado,
gozando inmensa grandeza,
y mi esposa la Princesa,
de Asia, el Imperio ha heredado.
Esta es, padre mio, en fin,
la infeliz vida, y fortuna
de tu hijo Palmerin
de Oliva, que no ay ninguna,
que confine a su confin.
Y Don. Joseph Blas Moreno,
con eco humilde, y sereno
perdon pide al Auditorio,
por el Sacro Consistorio,
y por Jesus Nazareno,
FIN.